



**EL
MUNDO
MAGO**

**CÓMO VIVIR
CON**

**ANTONIO
MACHADO**

ELENA MEDEL

Ariel

Índice

PORTADA	
DEDICATORIA	
CITAS	
MIS REJAS Y MIS ROSALES	
UN VIAJERO NO MÁS: ANTONIO MACHADO Y LAS CUESTIONES DE UNO MISMO	
MACHADO Y UNO MISMO	
MACHADO Y LA POESÍA	
MACHADO Y LOS SUEÑOS	
MACHADO Y LA MEMORIA	
MACHADO Y LA MUERTE	
MACHADO Y LA SOLEDAD	
MACHADO Y LA FE	
MACHADO Y LA FELICIDAD	
EL MUNDO TRANSPARENTE: ANTONIO MACHADO Y LOS COMPLEMENTARIOS	
MACHADO Y LOS AÑOS PRIMEROS	
MACHADO Y LA FAMILIA	
MACHADO Y LOS DEMÁS	
MACHADO Y EL AMOR	
MACHADO Y EL FEMINISMO	
MACHADO Y CAÍN	
MACHADO Y LOS APÓCRIFOS	
MACHADO Y EL DINERO	
CONTRA EL MIEDO DE NAUFRAGAR: ANTONIO MA- CHADO Y LOS ALREDEDORES	
MACHADO Y EL TÓPICO DEL <i>BEATUS ILLE</i>	
MACHADO Y LA HUMILDAD	
MACHADO Y LA EDUCACIÓN	
MACHADO Y LA CIUDADANÍA	
MACHADO Y EL COMPROMISO	
MACHADO Y ESPAÑA	
MACHADO Y EL PAISAJE	
MACHADO Y EL VIAJE	
CRONOLOGÍA	
MACHADO EN TUITS	
PARA LEER A MACHADO	
AGRADECIMIENTOS	
CRÉDITOS	

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para mi madre

*¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hábitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?
¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento?*

ANTONIO MACHADO

Cuando un artista habla de otro, siempre habla (mediante carambolas y rodeos) de sí mismo.

MILAN KUNDERA, *Un encuentro*

MIS REJAS Y MIS ROSALES

Para hablar sobre Antonio Machado tengo que hablar de mí. Tengo que hablar sobre la estantería de los libros del dormitorio de mis padres, que de tan humilde ni siquiera biblioteca, y tengo que hablar sobre mis doce o trece años: recordar a la niña que lee a todas horas, escondida con una linterna bajo la manta para distinguir las letras, robando horas al sueño y cabeceando al día siguiente en clase de matemáticas, y la niña que obtiene una reprimenda y también una antología de la Generación del 27. Recordar el flechazo con los poemas de Federico García Lorca, el flechazo con *Poeta en Nueva York*, y la sensación de escuchar una música que me atrapa con una letra que no comprendo, pero cuya cadencia y cuyos significados falsos —aquellos que yo invento, y que deduzco— me animan a imitarle. A Lorca no lo entiendo y a Cernuda, en ese mismo volumen de color negro, lo entiendo un poco más: ahora busco historias en los poemas igual que antes buscaba historias en los cuentos.

En la biblioteca —ésa sí— del salón de casa conviven la *Historia universal del arte*, en trece entregas, y la *Enciclopedia universal Sopena*, de la que se nutrirán mis trabajos escolares antes de que me regalen un ordenador —porque trasnocho los fines de semana, y la máquina de escribir molesta con el ruido—, y una extensa colección de *Obras maestras de la literatura contemporánea*. En cuero la piel y en papel las vísceras, acartonado por los años, leo con respeto y devoción a Franz Kafka y a Jean-Paul Sartre y a Juan Marsé y a Marguerite Duras. No comprendo nada —a Kafka no lo entiendo; a Duras, ahí se vaticina algo, la entiendo un poco más—, pero leo y salto al siguiente número de la co-

lección, igual que se suceden los capítulos. Se cuelan Federico García Lorca, con el teatro, y Rafael Alberti, con sus memorias, y los versos de Pablo Neruda y de Vicente Aleixandre, al que ya conozco por la antología. Como me interesan los poemas, destino mis ahorros a algunos tomos de *Letras Hispánicas*, de Cátedra: investigo en la librería y, si las líneas se cortan y suena música, los compro.

Una tarde en la que me aburre la lectura que he escogido, y en la que mis padres no están, me aventuro a la estantería con sus libros. Los del salón los han comprado para que sus hijas, una vez en edad y en afición, los disfruten; los de su habitación obedecen no al futuro de otras, de nosotras, sino a su presente. Abundan las novelas de misterio, los diversos manuales, algo de ficción histórica. Mi padre lee a Arturo Pérez-Reverte y mi madre prefiere la intriga. Sin embargo, reconozco un título y un nombre —en letra pequeña, años después entenderé que de tamaño coherente, acorde a su humildad— en un libro grueso, de lomo blanco y tamaño bolsillo: *Poesías completas*, Antonio Machado.

Aquí está.

Intrusa, confiada en que no regresarán hasta tarde, me siento sobre su cama y hojeo el libro: en rojo el perfil del autor, sobre el rostro un poema de Rubén Darío, las palabras ajenas para presentarle. En la primera página mi madre ha escrito su nombre, *Araceli*, y una fecha: *diciembre de 1978*. Cumplió dieciséis años meses antes, y se preparó para trabajar. Aunque eligió un oficio técnico, para el que resultaban más importantes las cifras, sus profesores consideraron que debía aprender a observar, a mirar: que debía anticiparse a la vida que le aguardaba, y que los poemas de Antonio Machado se la explicarían.

El volumen lo había marcado con su nombre y con la fecha en que lo compró, *Araceli*, *diciembre de 1978*; los años y las lecturas han ajado el lomo, la cubierta se desprende con facilidad, amagando una marcha conmigo. Leo, salto páginas, avanzo, retrocedo, me detengo en los poe-

mas que me gustan, ignoro los que me disgustan, me siento —ignorante de las marcas ajenas— su única lectora, hasta que se me revela la huella de mi madre. *Araceli, diciembre de 1978*, casi mi madre pero todavía no mi madre, ha rodeado los poemas que más le impresionaron: encerrados en un círculo los versos que mi madre adolescente, antes de ser mi madre, subrayó.

El poeta galés Owen Sheers describe esta sensación en un poema hermosísimo, "No eras aún mi madre": «ayer encontré una foto/ De tus diecisiete años,/ Llevando un caballo y sonriendo/ No eras aún mi madre». Yo no encontré una foto de sus diecisiete años, pero sí un retrato de sus poco más de dieciséis: más fiel y más vinculado al futuro de su hija mayor, el de los poemas de Antonio Machado que ella había escogido, de modo que la chispa que origina los versos de Sheers prende con mi sensación —no sé si de entonces, sí de ahora— en el encuentro con el volumen de *Poesías completas* que perteneció a mi madre. Desemboca Sheers: «todo esto me confirmó una vez más/ Que eran tus diecisiete años, llevando un caballo/ Y sonriendo, no eras aún mi madre,/ Aunque yo era ya, sin duda, tu hijo».

Mi madre es mi madre y para mí su vida se inaugura en el momento en el que se transforma en mi madre, es decir, quizá ni siquiera con el embarazo, sino con mi nacimiento. Supongo que mi madre ha sido niña y adolescente y joven, y de hecho guardo mudanza tras mudanza una fotografía suya que a mí me gusta mucho y a ella nada, en la que aparece divertida, forzando una mueca, con tres o cuatro años. Pero con ese volumen de *Selecciones Austral*, que en su cubierta ha escogido el poema de Rubén Darío sobre Antonio Machado, mi madre deja de ser mi madre y se convierte en un nombre, *Araceli*, y en una chica con algunos años más de los que tengo yo entonces, *diciembre de 1978 frente a saber cuándo de 1997 o 1998*, su vida y su voz cambian en veinte años.

El tomo con las *Poesías completas* de Antonio Machado es el único libro de poesía que mi madre escogió para refugiarse de su vida adulta; años más tarde yo conservé *Poeta en Nueva York, Ariel, Habitaciones*, eternos de estantería de piso viejo a estantería de piso nuevo. De la casa de su madre a su casa de madre imagino a Agatha Christie en el equipaje, algún libro de Steinbeck y otro de Borges y uno más de Ana María Matute, e imagino sobre todo ese volumen blanco y rojo en el que ha destacado algunos poemas. A la adolescente que fue mi madre, a la Araceli de diciembre de 1978, le entusiasma el Machado más narrativo y, en paradójico contraste, el más cercano al aforismo. Abundan las marcas en los poemas que componen el «cuento-leyenda» “La tierra de Alvargonzález”, en especial en aquellos versos que se sumergen en el refrán por su tono moralizante, y también se detiene en los proverbios y en algunos de los heterónimos de Machado. Disfruta, igual que yo disfrutaré cuando adquiera cierta conciencia lectora —entonces lo devoro todo, lo admiro todo, me dejo llevar—, con la música de las palabras y con las palabras que, aun sonando, significan. Dentro de un círculo ha protegido estos versos de Juan de Mairena, a modo de mundo:

Sé que habrás de llorarme cuando muera
para olvidarme y, luego,
poderme recordar, limpios los ojos
que miran con el tiempo.

Murió su padre, mi abuelo, pocos meses antes. Lo desconozco en mi primera lectura de Machado, ésa furtiva, interrumpida con el girar ruidoso de la llave, «cuando duerman todos,/ saldré a la ventana». Al releerlo con los años, en la edición de mi madre, con la mirada de hija, me detengo en la elección de los poemas e intento comprender a la adolescente que debe presentarse adulta antes de tiempo, y trabajar, y estudiar para ello, y leer a Antonio Machado para conocer la edad que le espera. Mi madre, entonces,

no es todavía mi madre: es *Araceli, diciembre de 1978*, su melena oscura y rizada que ninguna de sus hijas heredó, los ojos verdes que yo sí tengo.

Resulta difícil hablar sobre Antonio Machado sin hablar de uno mismo. Por gestos como el de un profesor que decide que sus alumnos aprendan de la vida —y aprendan la vida— gracias a sus poemas, por jóvenes que se convierten en adultos y eligen a Machado para acompañarles en ese camino —«ligeros de equipaje», con pocos libros más, porque en ese nuevo hogar forjarán una nueva biblioteca—, y corrijo porque escribí *camino* cuando sus poemas huelen a tierra y a pisadas, Machado se entiende como un poeta de vida: reconocemos sus versos aunque los leyéramos hace años, los incorporamos a nuestras conversaciones igual que cualquier otra expresión —«la primavera ha venido./ Nadie sabe cómo ha sido»—, de tan escuchados dudamos si le corresponden o si los escribió otro. Hemos leído a Antonio Machado porque nos obligaban en el instituto y hemos leído a Antonio Machado, más tarde, porque nos obligábamos nosotros mismos: los poemas de Machado se leen a modo de *I Ching*, el oráculo chino, esperando que su lectura nos brinde las respuestas que necesitamos.

Hablo sobre mí porque hablar sobre una misma implica referirse, a la vez, a los libros que ha leído, a las canciones que ha amado. Estas elecciones te definen: acotan tu biografía. Hablo sobre mis dieciséis años más tarde, casi con la edad de mi madre a la edad en la que yo rebuscaba entre sus libros; sobre mí forjándome como lectora libro a libro, «golpe a golpe, verso a verso», tal y como Joan Manuel Serrat glosó. Al afrontar la escritura de este libro conté a mi madre el pudor de leer, en el volumen que le perteneció, los poemas de Antonio Machado; la sensación de guiarme por su lectura, contaminada por sus marcas, sin traicionar el rumbo que sus subrayados indicaban, animán-

dome a desentrañar los motivos por los que en su adolescencia se detuvo en unos u otros versos. Ahora lo entiendo —o quiero creer entenderlo— pero en aquellos días no, porque me faltaba vida, y hoy escribo, creo, entre otras razones, para comprender lo que en algún momento se me escapó.

Mi madre —*Araceli, septiembre de 2014*— me preguntaba de vez en cuando, observándome entre libros y cuadernos abiertos, si para acompañar mi escritura me apetecía escuchar el disco de Serrat que compró en su adolescencia, quizá en los días de lectura de las *Poesías completas*, quizá *Araceli, diciembre de 1978*, otro objeto que la trasladó de su vida adolescente a su vida adulta. Me negaba para evitar contaminarme, por centrarme en lo escrito y huir de lo cantado, confiando en el papel. Sin embargo un día, a solas, encendí el equipo de música y engarcé la aguja en los surcos del vinilo:

I

Nunca perseguí la gloria ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón.
Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse.

II

¿Para qué llamar caminos
a los surcos del azar? ...
Todo el que camina anda,
como Jesús, sobre el mar.

Dos de los proverbios y cantares de Antonio Machado en *Campos de Castilla* se tejían con los versos, casi con la lectura, de Serrat. En cierto modo, caí en la cuenta, eso

pretendía al escribir: enlazar un poema con otro poema con otro poema, que apenas se me escuchase y que la voz que sonara buscase «en tu prójimo espejo;/ pero no para afeitarte, ni para teñirte el pelo». Porque aquí no hay filología. No hay notas al pie ni bibliografía exhaustiva ni citas exóticas en su idioma original. Sí hay, en cambio, muchas lecturas de los poemas de Antonio Machado: de los poemas que me han acompañado durante toda mi vida —y antes de mi propia vida, incluso: en la vida de mi madre sin ser madre— y con los que he convivido durante la escritura de este libro, y muchas lecturas de los libros de otros, que me han ayudado a comprender a Antonio Machado y, de cierta forma con cierta mística, a comprenderme a mí.

En este libro hay una adolescente que lee en la cama de sus padres, apresurándose para que no la descubran husmeando en los libros de otros —un libro no pertenece a su autor, sino al lector que con su lectura lo reescribe, lo subraya, y lo posee: esas *Poesías completas* las escribió Antonio Machado, pero las reescribió mi madre—, y hay una joven que ordena la biblioteca de su primera casa propia y descubre el ejemplar de un libro que no es suyo y se pregunta si devolverlo o mantener el robo en silencio, y hay una mujer adulta que vive en una habitación impropia y que relea ese mismo libro, ese mismo libro de otra mujer más joven en su lectura, no ella misma, sí quizá. Hay una conexión similar a la de comprar un libro de segunda mano y descubrir, como si violentáramos la intimidad de un desconocido, la dedicatoria y las notas al margen: alguien, en otro momento, en otro lugar, leyó lo mismo pero no leyó lo mismo. Todas esas mujeres, la adolescente, la joven, la adulta, leyeron unos poemas y no relejeron, al mismo tiempo, sino que leyeron con ojos nuevos —los de las nuevas experiencias, los de las nuevas lecturas— los mismos textos, en ese instante textos nuevos.

Después de hablar con mi madre y después de escuchar a Serrat compré un ejemplar de las *Poesías completas* de Antonio Machado, el mío propio: la edición reciente de Austral, punteada de amarillo y de naranja en la cubierta, para leer con ojos que la desconocieran. Sin poemas encerrados, sin esquinas dobladas: «hoy cantan las estrellas,/ y nada más». Escribí en su primera página *Elena, octubre de 2014*, justo en el mismo lugar en el que —en otro volumen, en otra edición— figura *Araceli, diciembre de 1978*. En el trayecto de autobús entre la librería y la casa de mis padres, antes de leer en la habitación contigua a la habitación de los libros que no me pertenecen, jugué a dejar que Antonio Machado adivinara mi futuro. Cerré los ojos, lancé una pregunta y abrí el tomo grueso al azar, dejando que me respondiera. Señalé, y leí:

Aunque me ves por la calle,
también yo tengo mis rejas,
mis rejas y mis rosales.

Sobre esto habla este libro. Sobre las rejas y sobre los rosales: sobre la distancia que nos separa de los otros y sobre las espinas con las que los otros nos quiebran, sobre mí y sobre quien lo lee y lee a Machado. Sobre Antonio Machado, que cedió a otros la responsabilidad de definirle, aun consciente de que en sus poemas nos lo contaba todo: sobre él, sobre nosotros. Sobre esto habla —rejas, rosales, nombres propios, fechas entre brumas— este libro.

**UN VIAJERO NO MÁS: ANTONIO MACHADO Y
LAS CUESTIONES DE UNO MISMO**

MACHADO Y UNO MISMO

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.
Era luminoso y profundo
como era hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
y de corderos a la vez.
Conduciría tempestades
o traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida
y del amor y del placer,
cantaba en versos profundos
cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso,
un día al imposible fue.
Ruego por Antonio a mis dioses,
ellos le salven siempre. Amén.

En la cubierta del volumen de las *Poesías completas* figuraba este poema: la bienvenida a los poemas de Antonio Machado no la pronunciaron sus versos propios, sino los de otro autor. En letras negras sobre retrato rojo sobre fondo blanco, la "Oración por Antonio Machado" de Rubén Darío. Incluida en *El canto errante* (1907) y elegida antes que el célebre "Retrato", esta decisión editorial concuerda con la modestia extrema del poeta, siempre empeñado en un segundo plano, a no ser que resultara necesario dar un paso al frente.